

el entretanto, muy lejos, en el extremo Norte, una línea de luces rasgaba la oscuridad de los bosques: era el cordón de las tropas belgas escalonadas á lo largo de la frontera que cumplían su deber de neutrales con un celo aguijoneado por el temor, pues aquella lucha tan próxima entre dos vecinos tan poderosos no dejaba de emocionarlos y de hacerlas temblar por la suerte de su patria.

En medio de su firme confianza en la victoria, abrigaba Moltke una aprensión, la de que durante la noche nos retirásemos hacia el Oeste, y con ansiedad contaba las últimas horas de que podríamos disponer para escaparnos. A las siete y cuarenta y cinco envió al general Blumenthal, jefe de Estado mayor del III.º cuerpo, un despacho en el que aludía á un movimiento retrógrado favorecido por la oscuridad: «Tal vez, añadía, se corre el riesgo de ver escapar un resultado decisivo (1).» A fin de impedir todo aquello que pudiera menguar la importancia de la victoria, el príncipe real envió á los wurtembergueses y á los prusianos del XI.º cuerpo la orden de apresurar su partida, mandándoles que abandonaran sus campamentos los unos á las dos y media y los otros á las tres de la madrugada. Después de haber adoptado estas medidas, Moltke esperó en su cuartel general de Vendresse, resuelto á no mostrarse enteramente tranquilo ni enteramente satisfecho hasta que al amanecer viera á sus enemigos inmóviles en sus posiciones.

Dios no había de permitir que nos aprovecháramos de aquel momento supremo. Con la noche cesaron todos los rumores, y en la oscuridad que apenas rasgaban los fuegos de nuestros vivaques, no se distinguió más que una infinidad de pequeñas tiendas en donde los soldados dormían un sueño que para muchos había de preceder de poco al reposo eterno. Sólo en las alturas que se elevaban sobre el Givonne prolongóse el ruido mucho tiempo: allí acampaba el I.º cuerpo que hasta las diez de la noche no vió llegar los últimos destacamentos de las divisiones Pellé y Lartigue. Los soldados se dejaron caer extenuados de fatiga y también de hambre, pues en algunos regimientos, particularmente en los de la división Lartigue, no se habían hecho distribuciones de víveres (2). Entretanto, el temor, un temor persistente, tenía despiertos á muchos sobre quienes había de pesar una parte de las próximas responsabilidades: los más preocupados eran Douay y sobre todo Ducrot. Douay se asustaba al considerar la vasta meseta que tenía que defender y contemplaba con terror las posiciones avanzadas que no podía proteger, y á eso de las diez, habiéndole comunicado el general de ingenieros Doutrelaine sus temores, le replicó: «Creo que estamos perdidos; no nos queda más recurso que portarnos lo mejor posible antes de sucumbir.» Más alarmado aún estaba Ducrot y menos dispuesto á abandonar pasivamente al destino: por la mañana había insistido en el plan de la retirada sobre Mezieres y aun había, por su propio impulso, iniciado su ejecución; y cuando las órdenes terminantes del mariscal le habían obligado á dirigirse al Givonne, había obedecido con hondo pesar. Más tarde había enviado á Mac-Mahón su

(1) *Correspondance militaire de M. de Moltke*, tomo I, páginas 339-340.

(2) *Journal des marches du 1.º corps d'armée*, por el comandante Corbin.

jefe de Estado mayor, el coronel Robert, y se había desesperado al ver que no le daban sino instrucciones frívolas, lacónicas, insuficientes para poder guiarse por ellas. Gran parte de la noche la pasó inclinado sobre sus mapas, interrumpiendo su examen con explosiones de cólera, expresando sus terrores con crudeza enteramente soldadesca y enviando noramala á todos los que le hablaban de éxito ó de victoria; hasta que al fin, pudiendo más el cansancio que la angustia, tendióse junto á una hoguera del vivaque en medio de los zuavos de su antigua división. Allí esperó que amaneciera el día en que debía decidirse la suerte de Francia.

V

De todos los cuerpos, el 12.º era el que se hallaba más cerca del enemigo. Aunque la noche transcurría tranquilamente, Lebrun estaba ansioso, no sólo por la proximidad del adversario, sino además porque comprendía que el Mosa no era un obstáculo desde el momento en que permanecía intacto el puente del ferrocarril. Había ordenado que el descanso durase hasta las cinco; pero á las cuatro no pudo contenerse y mandó á un corneta que tocara diana. El toque fué repetido por todos los regimientos, y desde la aldea de Bazeilles hasta las colinas que dominan el bajo Givonne, en un instante estuvieron en pie los soldados. Ninguna claridad rasgaba todavía las tinieblas, y en las praderas flotaban vapores blancos, casi opacos, que se adherían á los sauces y á los álamos y subían arrastrándose hasta la base de las colinas. Los soldados comenzaron á moverse, molidos aún como sucede siempre después de un descanso que sigue á una larga fatiga, se llamaban unos á otros en la oscuridad y pateaban para entrar en calor. De pronto, en el extremo Sudeste de Bazeilles y por la parte de los prados que se extendían hacia el Mosa sonó un violento tiroteo: eran los bávaros que atacaban.

Para la ejecución del plan general envolvente, convenía que una diversión entretuviera á los franceses al Sur de su línea, pues mientras quedaría de esta suerte inmovilizada una gran parte de sus fuerzas, las dos grandes fracciones del ejército alemán, extendiéndose simultáneamente al Este y al Oeste, interceptarían todos los caminos, después de lo cual se juntarían en el extremo Norte, cerrarían el círculo é impedirían hasta el acceso al territorio belga. A los bávaros del I.º cuerpo había sido encomendada la tarea de retenernos por aquel lado, y su comandante en jefe, el general Von der Tann, había enviado á las tres de la madrugada dos columnas hacia el Mosa: la primera, compuesta de una porción de la 1.ª brigada, había pasado el río por un puente de barcas construído en Aillicourt; la segunda, formada con tres batallones tomados de la 2.ª brigada y mandada por el mayor Sauer, había utilizado el puente viaducto del ferrocarril. De las dos columnas, la segunda, que era la que debía recorrer una distancia más corta, había seguido silenciosamente el terraplén de la vía férrea y luego se había metido en los prados, y aunque éstos no ofrecían el menor abrigo, la oscuridad protegía la marcha de las tropas. A las cuatro y media la primera línea llegó á las inmediaciones de Bazeilles; en aquel momento habían sonado los tiros que acababan de dar la señal del combate.

Von der Tann esperaba una victoria fácil; pero debía encontrar un doble obstáculo en la naturaleza del terreno y en el vigor de nuestros soldados.

Bazeilles, en donde los bávaros habían de acumular en aquella jornada tantas ruinas y de dejar tantos muertos, era una aldea grande, muy á propósito para la defensa: sus calles estrechas, hoy convertidas en vías más anchas, habían de ser peligrosísimas para quienquiera que en ellas se aventurara, y casi todas desembocaban en la carretera de Sedán á Carigné que atravesaba la población de Nordeste á Sudeste y á cuyos lados se levantaban sólidas casas que fácilmente podían transformarse en fortalezas. Al Nordeste del pueblo, el gran parque del castillo de Monvillers ofrecía abundantes espesuras, matorrales y grupos de árboles que eran otros tantos abrigos preciosos para los tiradores. Cerca del sitio en donde el camino de Daigny empalmaba con la carretera (1), había una porción de construcciones macizas, desde las cuales se podría contener y rechazar á los asaltantes, y en el mismo punto de intersección una quinta, rodeada de un gran jardín y denominada quinta Beurmann, dominaba las dos carreteras.

A la circunstancia de ser los lugares favorables para la defensa uníase la de ser los defensores hombres resueltos: eran los valientes soldados de infantería de marina que el día antes habían rechazado, á través de los prados, á los bávaros hasta el puente, y por la noche, en previsión de un ataque, habían levantado barricadas en muchas calles y abierto aspilleras en los muros de cerca de las inmediaciones del pueblo. En la misma Bazeilles estaba la brigada Martin des Pallieres, y procedente de Balán había de acudir allí la brigada Reboul; más tarde se unirían á los soldados muchos valerosos habitantes dispuestos á correr todos los riesgos para defender sus hogares.

Al principio la lucha se desarrolló en la oscuridad y los asaltantes buscaban como á tientas el camino; pero no tardó el horizonte en teñirse con las primeras claridades que disiparon un poco la niebla y permitieron que los golpes fuesen más seguros. De aproche en aproche consiguieron los bávaros subir hasta el Norte de la aldea, mas cuando quisieron atacar la quinta Beurmann, un fuego terrible les obligó á pararse en seco, quedando todos sus oficiales fuera de combate; y un ataque intentado por el lado de los jardines no produjo sino grandes pérdidas. Nuestros infantes ocuparon las casas que los asaltantes habían dejado atrás y que creían haber conquistado. La energía de la resistencia, el desconocimiento de los lugares y la poca claridad, todo desconcertaba á nuestros enemigos, cuyos cazadores y fusileros, agitándose en revuelta confusión, no obedecían á ninguna dirección de conjunto y en vez de avanzar á duras penas lograban no perder el terreno ganado.

En el entretanto, la 1.ª brigada había acabado de pasar por el puente de barcas de Aillicourt. Un batallón se dirige á la estación de Bazeilles y luego el grueso de la brigada se encamina á la aldea, sabiendo unos hacia el parque de Monvillers, con la esperanza de rebasar á los franceses, y penetrando los demás en las calles. Pero los primeros invasores, los que han pasado el puente viaducto, no pueden ya proseguir su resistencia: al

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 390.

Oeste del pueblo, uno de los destacamentos del mayor Sauer, bloqueado en una de las casas más avanzadas, se ve obligado á rendir las armas; varias compañías, acentuando su retirada, abandonan la aldea y se reorganizan detrás de la valla del ferrocarril, y otras se defienden penosamente en la calle principal, se parapetan tras dos grandes construcciones de piedra y tratan de atrincherarse en ellas.

Los bávaros, procedentes de Aillicourt, que habían llegado esperando completar una victoria, apenas si ha-



El general Von der Tann

bían de lograr contrabalancear las probabilidades. En la plaza del Mercado, en las inmediaciones de la iglesia, se libran una serie de combates indecisos; pero donde el combate se prolonga con mayor intensidad es junto á la quinta Beurmann. Los habitantes de Bazeilles, los hombres y hasta las mujeres, sienten el contagio de la lucha y comienzan á mezclarse con los soldados. En esto, los alemanes reciben refuerzos: los bávaros de la II.ª división acuden desde Remilly; y al Sudeste, las vanguardias sajonas avanzan hacia la Moncelle. El general Lebrun, por su parte, solicita la ayuda del I.º cuerpo, y una de las brigadas, la brigada Cartret-Trecourt, dirígese apresuradamente á Balán. El sol acababa de disipar las nieblas del Mosa y se anunciaba un día espléndido; pero aquella mayor claridad había de sernos funesta, porque hasta entonces la espesa bruma había paralizado la temible artillería alemana. En efecto, desde los cerros que dominan el Pont-Maugis y Aillicourt las baterías bávaras lanzan sus proyectiles, y al mismo tiempo una batería sajona se sitúa en la orilla izquierda del Givonne y empieza á cañonear el parque

de Monvillers, la Moncelle y las alturas que hay encima de Daigny.

¿Quién hubiera dicho que aquella lucha tan reñida no era más que una acción secundaria? Y sin embargo, la verdadera batalla, la que había de decidirlo todo, debía librarse en otra parte, y no había comenzado todavía. En las colinas del Norte de la ciudad, nuestros soldados, á quienes los cañonazos habían puesto en guardia, permanecían en la expectativa, sin que hasta ellos llegaran los efectos del combate; no obstante, desde las alturas habrían podido distinguirse al Este y al Oeste las largas líneas negras de los regimientos enemigos, que marchaban con metódica premura. Y marchar ¿no era ya conseguir la mitad de la victoria? Al Este, la Guardia, adelantándose considerablemente á los sajones, había con sus primeras columnas dejado atrás Pouru-au-Bois y Francheval; al Oeste, los wurtembergueses pasaban el Mosa por Dom-le-Mesnil y los prusianos del XI.º y del V.º cuerpos lo atravesaban por Donchery. El rey, en el entretanto, había abandonado su cuartel general de Vendresse y acababa de instalarse en la colina de la *Marfée*, mientras el príncipe real se situaba en el cerro de la *Croix-Piot*. Desde allí podría el monarca, si no por el lado del Este, á lo menos por el del Oeste, seguir todos los progresos del movimiento envolvente; desde allí, como desde un observatorio, podría pasear su mirada por Sedán, la meseta de la Argelia, Floing, las alturas de Illy, las colinas de Saint-Menges, la inflexión del Mosa, en una palabra, por todo el campo de batalla que á la noche sería suyo.

Ya en aquella hora un suceso grave había iniciado nuestros infortunios de aquella jornada.

A las cinco, Mac-Mahón había recibido de Lebrun el aviso de que le atacaban violentamente: «Lo que sucede en Bazeilles es el comienzo de una gran batalla,» decía el comandante del 12.º cuerpo. El mariscal había partido inmediatamente por la carretera de Douzy; pero en Bazeilles la actitud de la división Vassoigne le había reanimado, y en vista del valor que desplegaba la infantería de marina y del buen aspecto que presentaba el combate, habíase dirigido á la Moncelle, con ánimo de ver á Lebrun, que según decían estaba por allí, y de remontar luego hacia el Norte para avistarse con Ducrot. Caminando hacia allí, llegó á un sitio elevado, precisamente sobre el Givonne y delante de la Moncelle, que le pareció favorable para examinar las posiciones enemigas; y mientras con su antejo escudriñaba el terreno de las cercanías, de pronto se le vió vacilar: un casco de granada le había herido en la parte superior del muslo. Cayó de caballo y por un instante quedó sin conocimiento; la herida no era grave, pero le impediría en absoluto seguir ejerciendo el mando. El mariscal fué conducido á Sedán; eran entonces las seis y cuarto de la mañana.

VI

En la prefectura de Sedán, en donde se había alojado el emperador, habíase oído el cañoneo de Bazeilles. Acababa el soberano de vestirse cuando llegó procedente del campo de batalla el oficial de órdenes, capitán d'Harcourt, anunciando la herida del mariscal. Al recibir la noticia, el emperador palideció y la fuerza de

la emoción hizo brotar dos lágrimas de sus ojos (1). Sus caballos estaban dispuestos y Napoleón partió apresuradamente siguiendo el camino que poco antes siguió Mac-Mahón y dirigiéndose á Bazeilles por la calzada de Douzy.

El séquito conservaba un resto de esplendor, pero el monarca á quien rodeaban los vestigios de las antiguas pompas ya no representaba nada; no era sino un soldado valeroso, pero demasiado viejo para prestar servicio y á quien ni siquiera la muerte querría. Su completa anulación había de patentizarse en aquella transmisión de la autoridad; nadie pensaba en consultar al príncipe, y el príncipe mismo había de afirmar su abdicación con su silencio. ¿Quién se encargaría del mando? Mac-Mahón, después de herido, había designado sucesor, eligiendo no al más antiguo, sino á aquel á quien consideraba más digno, á Ducrot.

Ya conocemos al personaje en quien recaía el terrible honor: absoluto, brusco, apasionado, era Ducrot un espíritu demasiado entero para apreciar siempre la verdadera medida de las cosas, y este carácter fogoso y arrebatado le había de preservar mal contra las miras sistemáticas ó los errores; en cambio, reunía algunas de las cualidades principales que constituyen los verdaderos jefes, á saber, la ciencia, el don de iniciativa y la absoluta adhesión á la patria. Entre la multitud de generales, ó cortesanos ó descorazonados ó azorados por el terror de las responsabilidades, se destacaba con vigoroso y soberbio relieve, y si algunas veces era fácil contradecirle, era imposible no fijar en él la atención. Tenía la energía que sabe querer y la firmeza de alma que responde de sus actos; en una palabra, era un hombre, en un tiempo y en un ejército en que los hombres no abundaban.

En medio de la universal vaguedad de los propósitos, aquel hombre (y en esto estribaba su verdadera originalidad) tenía un plan concreto, que consistía en llevar lo más pronto posible el ejército hacia el Oeste: el grueso del mismo se dirigiría hacia Mezieres por Illy y por Saint-Menges, y algunas fracciones se encaminarían tal vez hacia Rocroi; y el general calculaba que las tropas en retirada estarían sólidamente flanqueadas por la gran corriente del Mosa. Al Norte del río había una hermosa carretera que por Saint-Menges y Vrigne-au-Bois llegaba á Mezieres siguiendo las alturas, y en la cual empalmaban, más allá de Vrigne-au-Bois, varios caminos vecinales que permitirían ganar Charleville y más al Norte Nouzón. Además, atravesaban el bosque algunos senderos practicables para peatones y acaso también para los vehículos ligeros. Sólo en un punto la angostura del camino haría muy peligrosa la marcha, en el extremo septentrional de la gran inflexión del Mosa: en aquel sitio, las colinas rocosas y cubiertas de árboles de la Falizette descendían en pendiente rápida hacia el río, dejando sólo á la carretera un paso angosto (2). Aquella era la zona peligrosa que Ducrot denominaba unas veces las *Termópilas* y otras *Cabo de las Tormentas*. Si mediante una marcha activa ó por favor de la suerte se lograba doblar la inflexión del Mosa y adelantarse al enemigo en el temible desfiladero, la mayor

(1) Relato del capitán d'Harcourt (*Heures d'histoire*, por el Sr. vizconde Melchor de Vogüé, págs. 254-255).

(2) Véase el mapa intercalado en la pág. 390.

anchura del valle había de permitir luego que el ejército se desplegara; una vez en Mezieres, la salvación sería casi segura, porque allí se encontraría el cuerpo de Vinoy y se encontrarían además provisiones; y después de una ó á lo sumo dos etapas más, el ejército se hallaría completamente al abrigo de todo ataque, porque se aproximaría á la red que formaban las plazas fuertes del Norte.

Ducrot, como ya hemos dicho, hubiera querido comenzar aquella marcha el día anterior. El 1.º de septiembre, al despuntar el alba, habíase levantado menos espantado de los cañonazos que oía al Sur que del silencio que reinaba en otras partes. El verdadero peligro no estaba en los sitios en donde se libraba la batalla, sino al Este, al Oeste, allí donde el principal cuidado era apagar todo ruido de marcha, allí donde la Guardia por un lado y el XI.º y el V.º cuerpos por otro avanzaban cautelosamente y como de puntillas, realizando el movimiento metódico y regular que había de envolvernos. El general ocupábase en hacer construir sobre Givonne algunos espaldones para proteger la artillería, cuando llegaron adonde él estaba el comandante Riff y luego el general Faure, quienes le anunciaron que el mariscal estaba herido y que él era el comandante en jefe. Ducrot, al recibir esta noticia, no pudo contener un ademán de abatimiento; pero á fuer de buen soldado no perdió el tiempo en lamentaciones y dijo: «No hay que perder un momento, es preciso volver á nuestro plan de ayer.»

Algún tiempo se había perdido en idas y venidas porque el primer oficial enviado al cuartel general del 1.º cuerpo había sido herido. Eran las siete de la mañana y Ducrot dió inmediatamente sus instrucciones; pero, á medida que las dictaba, pintábase en los semblantes cierta reprobación: «La retirada cuando se disponía de 100.000 hombres era una vergüenza,» murmuraban los oficiales del estado mayor. Uno de los ayudantes, el de mayor graduación, atrevióse á expresar el pensamiento común; Ducrot, que era rudo, según dicen los que mejor le conocieron, le impuso brutalmente silencio, pero luego suavizándose añadió con cierto acento de tristeza: «La retirada es el único medio de salvación.» Dióse orden de que los carros y los bagajes se pusieran inmediatamente en marcha y además comunicó á los comandantes de cuerpo que el ejército se concentraba en la meseta de Illy (1); mas temiendo Ducrot algunas objeciones por parte de Lebrun, que entonces se hallaba en pleno combate y tenía completa esperanza de vencer, fué rápidamente á encontrarle. «Los bávaros ceden, le dijo Lebrun; llevamos ventaja y el menor retroceso desalentará á nuestros soldados;» y luego invocó, no sin alguna razón, la gran distancia que le separaba del desfiladero de la Falizette y la dificultad de remontar las alturas y de atravesar el bosque de la Garenne. «En Bazeilles nos están entreteniendo, replicó impetuosamente Ducrot. El enemigo está á punto de envolvernos y la verdadera batalla la tendremos pronto á nuestra espalda.» Ante estas observaciones, Lebrun no insistió más.

La retirada sobre Mezieres, practicable el 31 de agosto, ¿lo era todavía en la mañana del 1.º de septiembre?

(1) Ducrot, *La tournée de Sedán*, pág. 21.

Cuestión es esta que no dejará de discutirse mientras haya profesores de arte militar (2). La verdad es que desde la víspera cada momento que pasaba había disminuído las probabilidades favorables á nuestro ejército. La fatal incuria que dejara intacto el puente de Donchery había facilitado el paso del Mosa á los prusianos, quienes desde que apuntó el día comenzaron á llevar sus regimientos á la orilla derecha; dos horas más, y las cabezas de columnas se inclinarian hacia Saint-Albert, subirían luego hacia Saint-Menges y no tardarían en cerrar las últimas salidas. Por mucho que hubiese empeorado nuestra situación, quedaba todavía una sombra de esperanza: si el enemigo se retrasaba un poco en dar vuelta al Mosa, y los nuestros, sobreexcitados por el instinto de conservación, redoblaban su actividad, acaso podríamos llegar al desfiladero de la Falizette antes que nuestro adversario, y una vez pasado aquél, la mayor amplitud de los horizontes permitiría proseguir la marcha en condiciones más seguras. Y si, como era verosímil, se nos escapaba esta gran fortuna; si en el desfiladero tropezábamos con masas alemanas, si por el camino se nos atacaba y aun si se nos cerraba el paso, á lo menos no tendríamos enfrente el IV.º cuerpo que habría quedado al Sudeste, ni á los sajones ocupados en el bajo Givonne, sino solamente el XI.º cuerpo casi inmediatamente aumentado con el V.º y poco después con la división wurtemberguesa. Probablemente no se salvaría todo el ejército; pero probablemente también lograrían escapar importantes fracciones del mismo; y en aquellas precarias circunstancias en que buscábamos no el triunfo, sino un infortunio menor, esta ventaja no dejaría de ser importante y gloriosa. Los prusianos, en sus relatos escritos posteriormente, han negado que fuese posible el éxito ni siquiera parcial; pero á raíz del suceso sus declaraciones no fueron tan terminantes: en efecto, en una de esas conversaciones que á menudo sostienen vencedores y vencidos y en las cuales se discuten las probabilidades, como los jugadores las jugadas, el general Blumenthal, jefe de estado mayor del príncipe real, decía á Ducrot, poco después de la derrota: «Al principio de la jornada, estaba muy inquieto, pues temía un esfuerzo desesperado por el lado del Norte.» Y detallando el conjunto de sus fuerzas, compuestas principalmente de artillería, las juzgaba insuficientes para que la victoria fuese completa ó segura.

Tengo prisa por dejar la historia conjetural, pues haré de hacer para relatar la historia vivida. El 12.º cuerpo, cumpliendo las órdenes de Ducrot, había comenzado su movimiento retrógrado, y las divisiones Pellé y Lheriller del 1.º habían llegado á la altura del bosque de la Garenne, cuando se presentó un oficial de Estado mayor con un billete de Wimpffen. En este billete, que no decía la hora ni el lugar en que había sido expedido, anunciaba el general que tenía en su poder el nombramiento de comandante en jefe expedido por el ministro de la Guerra, añadía que era imprecendente la retirada y terminaba ordenando que el esfuerzo principal se dirigiese á Bazeilles y que se apoyase vigorosamente á Lebrun.

Ducrot, trastornado, no por la pérdida del mando,

(2) Véase en particular el general Canonge, *Le dernier mot sur Sedán* (*Correspondant*, 25 de septiembre y 10 de octubre de 1903).

sino por el convencimiento de que aquellas disposiciones comprometían al ejército, corrió en busca de Wimpffen, y habiendo conseguido encontrarle, le interpeló con todo el ardor de su patriótica pasión, repitiendo con mayor vehemencia lo que una hora antes había dicho á Lebrun: «No vengo á disputaros el mando, dijo á su sucesor. Os obedeceré; pero antes oídm: dos meses hace que estoy en presencia de los prusianos y les conozco; su propósito es envolvernos.» En apoyo de sus palabras, mostró el general un billete que acababa de recibir del alcalde de Villers-Cernay, el cual decía que fuertes columnas enemigas remontaban el curso del Givonne. «El movimiento que se realiza al Este, añadió Ducrot, se efectúa también al Oeste, y todo se va preparando para cerrarnos las salidas. En nombre de la salvación del ejército os conjuro á que prosigáis la retirada.—Pero, ¿por qué batimos en retirada cuando Lebrun lleva ventaja?» respondió Wimpffen. Lebrun, que se hallaba presente, aprobó aquellas manifestaciones y declaró que nada urgía y que siempre habría tiempo para retroceder (1). Ducrot, que se desesperaba al ver que no podía convencerlos, desdobló un mapa sobre el arzón de su silla, mostró, siguiéndola con el dedo, la gran curva del Mosa, indicó el único punto de paso y detalló á sus dos colegas las posiciones que éstos apenas conocían. Wimpffen escuchaba distraído y la esperanza de vencer por el lado de Bazeilles no le permitía ser previsor: «Lo que nos hace falta, repetía, es una victoria.—¡Una victoria!, replicó Ducrot exasperado; gran suerte será la nuestra si esta noche tenemos todavía una línea de retirada.» Dicho esto, se alejó de allí, y dirigiéndose á galope adonde estaban sus oficiales, díjoles estas solas palabras: «¡Estamos perdidos!»

VII

Eran las nueve. Una fatalidad singular agravaba nuestras faltas: por segunda vez desde que había amanecido cambiaba el mando de mano; Mac-Mahón, en el momento en que buscaba á tientas al través de los planes del enemigo una luz que le sirviera de guía, se había librado, gracias á su herida, de las responsabilidades de la jornada; y Ducrot, que tenía un plan concreto, no el mejor porque bueno no le había, pero sí el menos malo, no se había hecho cargo del mando más que para resignarlo en seguida. Wimpffen, convertido en jefe supremo, era el llamado á salvar lo que todavía pudiera salvarse.

¿Tenía un plan? No le faltaban inteligencia ni valor; pero, llegado la antevispera, no conocía al enemigo, ni sus tropas, ni el campo de batalla, y en cambio, sus últimas entrevistas con Palikao habían dejado impresa en su espíritu la huella de las opiniones del ministro de la Guerra, el cual, no conociendo los acontecimientos en el momento mismo en que se desarrollaban, ignorante de nuestros apuros y sistemático como todos los apasionados, persistía en llevar hacia Metz el ejército de Chalóns. Ahora bien, el camino de Metz era el camino de Carignán, y alejándose de Sedán por la carretera de Carignán, Bazeilles venía á ser el primer escalón.

(1) Ducrot, *La journée de Sedan*, pág. 30.

Al enterarse de la herida del mariscal, Wimpffen se había al pronto reservado; en esto, la tenaz resistencia del 12.º cuerpo había hecho renacer la esperanza, y el general, que era de imaginación viva y sobre todo de carácter presuntuoso, consideró lo que era simplemente tregua pasajera como presagio del triunfo final. Rechazados los bávaros de Bazeilles, quedaba libre el camino de Carignán; estando en Carignán se estaría á dos pasos de Montmedy, y una vez en Montmedy, el ejército se aproximaría á Metz: así pensó Wimpffen, impregnado, aunque fuese á pesar suyo, de las ideas de Palikao y como éste soñador; y en tal estado de ánimo reclamó el mando, confiado en el triunfo.

No hay advenimiento, por tristes que sean las circunstancias en que se realice, que no tenga su momento de exaltación. Wimpffen, que en seguida mandó suspender la retirada, prodigó las palabras alentadoras: «Necesitamos una victoria,» había dicho á Ducrot, y la misma frase repitió á Douay. Con Lebrun, que era antiguo camarada suyo y á quien tuteaba, todavía se mostró más expansivo: «Los honores de la jornada serán para ti;» y luego añadió: «No quiero retirarme á Mezieres; si el ejército ha de retirarse, lo hará por Carignán (2).» En el entretanto, el emperador, acompañado de su Estado mayor, vagaba por el campo de batalla, y habiéndole encontrado Wimpffen en el *fond de Givonne* procuró disipar sus temores: «No se preocupe Vuestra Majestad; dentro de dos horas habré arrojado al enemigo al Mosa;» dicho lo cual se alejó sin oír una voz burlona y amarga que detrás de él murmuraba: «¡Quiera Dios que no seamos nosotros los arrojados al río (3)!»

El brillo de aquellas frases sólo había de ser igualado por la vaciedad de los actos. Si la retirada hacia Mezieres no ofrecía sino probabilidades muy precarias, el movimiento sobre Carignán era pura quimera, pues para realizarlo habría sido preciso volver á emprender el camino que se había abandonado la víspera, y para romper el círculo habría sido preciso derrotar no solamente á los bávaros, sino además á todos los que habrían acudido en su auxilio, es decir, á los sajones, al IV.º cuerpo y á la guardia. Y aun en el supuesto de que por milagro hubiesen podido los nuestros vencer aquella resistencia, en las siguientes marchas nuestras extenuadas tropas se habrían aproximado, no á sus plazas fuertes, no á sus almacenes, no á sus recursos, no á los lugares en donde pudieran rehacerse, sino á nuevos ejércitos enemigos. ¿Quería Wimpffen realmente aquella marcha sobre Carignán? Leyendo la memoria justificativa que publicó más adelante, parece que su pensamiento, difícil de descubrir, vaciló entre varios planes y que, si bien aceptó la idea de Palikao, acarió la esperanza, más quimérica que todo lo demás, de asegurar en primer término la victoria completa.

Para conquistar aquella victoria pronosticada y prometida, no se intentó ningún esfuerzo de conjunto; en efecto, el nuevo general en jefe, después de haber reivindicado el mando, se instaló en medio del 12.º cuerpo, como si su mirada no pudiera abarcar todo el teatro de la acción. Sin embargo, la jornada había de ser

(2) Lebrun, *Bazeilles, Sedan*, pág. 112.

(3) Relato de la batalla de Sedán por el general Pajol (*Moniteur universel*, 22 de julio de 1871).

larga y el enemigo apremiaba. Iba á desarrollarse la batalla, encarnizada, pero sin dirección general, mezcla de episodios sublimes y de lamentables desalientos, obedeciendo las más de las veces á la inspiración de los jefes secundarios ó á los progresos del enemigo. Poco á poco habíamos de vernos acorralados en un campo cerrado que se iría estrechando hasta el punto de que el reducido espacio no permitiera más que capitular ó morir. En el momento que nos ocupa, es decir, á eso de las nueve, el combate se extendía á dos puntos principales, en donde hemos de seguir las peri-

gunas compañías á la carretera de Balán. Mas cuando los soldados de Von der Tann, ansiosos de completar las ventajas conseguidas, quisieron lanzarse sobre Bazeilles y cooperar al ataque de la aldea, las balas de los tiradores franceses, que estaban muy bien parapetados, los contuvieron. En el pueblo continuaba la lucha cada vez con mayor encarnizamiento; peleábase en la calle principal, en las calles inmediatas y, sobre todo, en las inmediaciones de la quinta Beurmann. En aquel reducido palenque de Bazeilles aparecían con sorprendente relieve las cualidades de las dos razas: todas las ventajas



El general Blumenthal

pecias del mismo: prolongábase hacia Bazeilles y hacia Balán, en donde el 12.º cuerpo había de resistir hasta el mediodía, y comenzaba en la meseta de Illy en donde todo quedaría consumado durante la tarde.

VIII

Mientras Mac-Mahón herido era conducido á Sedán, continuaba en Bazeilles el combate cuyas primeras fases hemos descrito. El general Von der Tann, acosado por la infantería de marina, llamó á su segunda división que estaba en Remilly, y á las siete las primeras columnas de ésta, compuestas de una parte de la 3.ª brigada, pasaron el puente de barcas de Aillicourt, llegaron á la estación del ferrocarril, remontaron el Givonne y por una brecha de la pared penetraron en el parque del castillo de Monvillers, consiguiendo, á pesar del fuego violento que sufrían, ganar terreno hacia el Norte y quedar dueños del cercado.

Aquel feliz resultado no dejaba de ser importante porque desde aquella posición los bávaros se unirían á los sajones que precisamente descendían entonces de las colinas, ocupaban la Moncelle y aun enviaban al-

que á nuestros enemigos proporcionaban en la lucha de grandes masas la excelencia de su artillería y la superior inteligencia de la guerra, perdíanlas en aquella serie de combates parciales, en los cuales triunfaban la flexibilidad y la iniciativa de los jefes secundarios y sobre todo el valor. Estimulados por el ejemplo y exasperados por la violación de sus hogares, los habitantes toman parte, cada vez con mayor empeño, en la batalla, y cogiendo los fusiles y las cartucheras de los muertos, hacen fuego sobre el enemigo desde los tejados, desde las ventanas y desde las troneras. La obstinación de la lucha pone fuera de sí á los bávaros, quienes desconcertados por aquella guerra de calles, fusilados por todos lados y tropezando con los cadáveres, comienzan á sentir esos impulsos de furor que no tardarán en traducirse en actos de barbarie in calificables. Con cólera ciega, casi bestial, se lanzan contra los hombres y también contra los obstáculos; entonces comienzan los incendios y con ellos se exaspera el combate, á la vez indeciso y obstinado, violento y sombrío, lleno de episodios heroicos y crueles, complicado por el número de luchas parciales, obscuro por sus alternativas, difícil de reconstituir por la confusión de los recuerdos, por la